

AL DR. D. JOSÉ BERNARDO COUTO.

“Y en estas horas de mortal quebranto,  
Las palmas vuelvo y el mirar doliente  
Del Tepeyac al Simulacro Santo.”

(Del Sr. Arango.)

A LA SANTÍSIMA VIRGEN DE GUADALUPE.

“Rompe de su ignorancia el negro velo,  
Muéstrale de la fe la luz gloriosa,  
Y le deja en su *Imagen portentosa*  
La señal de la paz y del consuelo.”

(J. J. Pesado.)

Sirvan estas breves pinceladas para dar, aunque humildemente, á conocer lo que tan digno es de ponderarse, el maravilloso crecimiento de la apologética Guadalupeana en esta última veintena, la nulificación de los esfuerzos de los pocos anti-guadalupanos, y la excelencia de nuestros nuevos apologistas.

## CAPÍTULO XII.

*P. Anticoli.*—Abre la serie de los nuevos apologistas.—Un gran favor recibido del cielo.—Rápido movimiento de conversión de los indios por la Aparición.—Observación exactísima debida á Anticoli.—El gran milagro de San Nicolás “in carcere,” en Roma.—Su noticia explícita debida á Anticoli.—Juicio del Papa sobre milagros.—Su gran importancia.—Mérito insigne del P. Anticoli sobre esto.—Los milagros de la Pintura Guadalupeana.—Sabio análisis.—Otra novedad debida á Anticoli.—El hipócrita Muñoz convicto de redomado jansenista.—Mérito literario del apologista.—Su estilo festivo.—No alcanzó á saber el demérito de Sahagún.

**E**L P. Anticoli tiene el mérito, y la Providencia le concedió la ocasión de ello, de haber eslabonado el primero la serie de los apologistas guadalupanos después de Tornel y Mendivil (1882) con su disertación «La Virgen del Tepeyac.» Ese trabajo suyo es de gran mérito, así como el posterior complementario de 1884. En ambos hay que reconocer el primer impulso de esta dichosa y última veintena para llevar los triunfos guadalupanos hasta el punto de la «Coronación.»

Los pobres aquellos libre-pensadores, que en los triunfos humanos de Dios, no ven más que política y pequeñas neces de fanatismo, ignoran del todo que esos grandes triunfos, Dios los decreta, Dios los prepara, Dios los conduce suave y poderosamente desde la primera idea que surge en la mente de cualquier devoto.

Y la razón es clara. Vais á naufragar vos en las olas del Océano, ó nosotros en las olas de la tribulación, por un hijo que se nos muere á juicio de médicos y de todos; ocurrimos á Tepeyac ó á Lourdes en cuerpo ó en alas de oración, y de luego á luego, vos os salváis de aquellas olas ó nosotros de estas tribulaciones por nuestro hijo; pagamos luego nuestro *ex-voto*, y á poco andar

vamos viendo que se nos ha elegido por la Virgen como su pregonero para que se le prepare un triunfo que se comienza á conjeturar.

Así lo inferimos rectamente de lo que ha pasado al P. Antícoli y ha pasado á su pequeña vez á este pobre Sargento de la Guardia *de la Reina*. El P. Antícoli iba á naufragar; hizo su ex-voto; escribió un gran libro en pequeño volumen y se lo dedicó á la Altísima Señora:

A  
la Benificentísima  
Virgen del Tepeyac  
Reconocidos  
Por la gracia recibida  
Cumplimos un voto  
Hecho en el peligro. (\*)

Ese libro inauguraba, sin saberlo quizá el autor, un nuevo orden de beneficios, de apologías, de triunfos, de favores de la Guadalupana, que terminarían en su Coronación y en algo aun más dichoso para la infeliz México. Este es el modo de obrar de Dios, ingeniosísimo en misericordias.

No podía, pues, menos, ese libro, que contener felices novedades como contiene; vamos á reseñarlas brevemente.

Desde luego, en su parte complementaria, pág. 71 (1884, Guadalajara, en que lo complementario va en orden inverso), la apologética es enriquecida con la novedad de una demostración clara y precisa de lo que antes sabíamos pero sin esa claridad y precisión: que antes de la aparición del Tepeyac las conversiones de los indios eran pocas, lentas y trabajosas, y que luego después de la Aparición fueron numerosísimas, rápidas y admirablemente fáciles. El ingenio del P. Antícoli, movido por nuestra Reina, supo encontrar eso ya escrito, pero sin que antes se supiese hacer de ello apli-

(\*) Virgini Tepeyacensi Sospitrici in periculo voyimus. Pro gratia fecimos.

cación á la Señora, en la historia de Motolinia. «He aquí, dice, cómo probamos todo esto: El P. Motolinia (Tr. 2, cap. VII) hablando de la dificultad que nacía de la poligamia, escribe, que «sólo en 1526, en Texcoco, pudieron admitir al sacramento del matrimonio á unos siete ú ocho pares; y pasaron *tres ó cuatro años* (1526, y 4, son 1530; al siguiente fué la aparición Guadalupana), que no admitían al casamiento sino á los que se criaban en la casa de Dios; sino que todos estaban con las mujeres que querían. Hasta que ya ha placido á Nuestro Señor que de su voluntad, de cinco á seis años á esta parte (1537) comenzaron algunos á contentarse con una sola.» «Quitado este estorbo—sigue el P. Mendieta, continuando á Motolinia—eran tantos los que venían al bautismo, que á los ministros que bautizaban, muchas veces acontecía no poder levantar el brazo para bautizar. A un solo sacerdote acontecía bautizar en un día, cuatro, cinco ó seis mil adultos y niños.»

Con esto el P. Antícoli ha comprobado clara y precisamente lo que ya sabíamos, pero con generalidad cuya noticia carecía de real eficacia. Ahora sí vemos con precisión, que antes de 1531 los indios estaban como los Apóstoles y fieles de antes de la Pentecostés, y que á raíz del fin de ese año, el movimiento de conversión fué tan ardiente, que no puede atribuirse sino á esa nueva pentecostés Guadalupana.

Llamar la atención sobre el milagro Guadalupano de San Nicolás *in carcere* en Roma, y plantearlo como la primera prueba de la tesis histórico-teológica de 1882, también es debido á nuestro amable Antícoli. Es de tanto valor esta prueba, como lo notamos ya en el cap. VIII, que admira en extremo: eso de que en Roma, á la vista de la Santa Sede, una copia de la celeste Pintura Guadalupana, haya hecho tan inusitados prodigios y repetídoslos durante diez y siete días, prueba mucha importancia en nuestra imagen del Tepeyac, en los designios de Dios.

Y más llama la atención, como allá mismo lo notamos, la noticia de que ese milagro sucedido en 1796, hubiese quedado inadvertida hasta 1882, en que la Providencia la puso en la mente de nuestro apologista, para que entrase entre los nuevos datos de esta última veintena y sirviese á sus grandiosos fines. (La Virgen del Tepeyac, pág. 226.)

Notamos también ya, en el cap. III, que al P. Antícoli se debe el haber dado toda la importancia que verdaderamente tiene, á la aprobación que la Santa Sede Apostólica hizo de la Aparición del Tepeyac. Este argumento digno era de ser planteado en formal tesis decisiva del asunto. Ese gran Tribunal es una garantía poderosísima de verdad, no digamos ya sólo para los católicos que creemos en el Papa, sino para todo hombre pensador que conoce la ciencia y la prudencia prodigiosas de esa Curia Romana en materia de canonización de milagros.

Bien haya, pues, nuestro Antícoli, en haber dado y profesado tanta importancia á la palabra oficial emanada de la Santa Sede en el asunto, que nada menos es el texto, es el epígrafe de ese trabajo inaugural de la «Disertación sobre la Aparición de Nuestra Señora de Guadalupe,» en la reproducción hecha en Guadalajara, de la publicada por el insigne jesuita en 1882 en Puebla. ¡Bien haya el que así inauguró la novísima triunfal demostración:

«Con nuestra autoridad Apostólica . . . . que se tenga á la misma Madre de Dios en su advocación de María de Guadalupe como patrona principal y protectora de Nueva España, y que así se la invoque y se le dé culto, *lo determinamos, lo declaramos, lo mandamos,*» ha dicho Benedicto XIV.

La fuerza incontrastable de esta tesis ha sabido emplearla nuestro Antícoli, como ninguno. Los tiempos, de retorno al buen sentido de la fe en la autoridad papal, han favorecido ese alto modo de razonar, y nuestro animoso adalid ha sabido aprovecharlos.

Pero no esto sólo: el gran polemista sabe irse al centro y corazón de toda probanza. El tercer argumento nos convencerá de ello, cuando al pie de su tesis, *la misma Imagen de la Virgen demuestra la verdad de la Aparición en el Tepeyac*, nuestro polemista, yendo *al grano*, como en buena hora lo dice, reduce así á seis puntos el análisis de las circunstancias admirables y maravillosas de la santa Imagen, de los seis grandes milagros de esa Pintura celeste:

Primero. Su lienzo ó tela.

Segundo. Su falta de preparación y aparejo de pintar.

Tercero. Su perfectísimo dibujo.

Cuarto. Concurrir cuatro especies de pintura en la obra.

Quinto. El oro y dorado preciosísimo que en ella brilla.

Sexto. La duración del lienzo y de la viveza de los colores.

Este análisis trae la ventaja de todo inventario de grandes riquezas: que si la suma de ellas presentada en vago, es presunción que predispone á creer, el detalle preciso acaba por asombrarnos y por aumentar nuestra fe. Lea despacio el estudioso y pensador en dicha edición de Guadalajara á la pág. 257, el párrafo XVIII ó sea el tercer argumento á que nos referimos, y verá la razón que nos asiste para congratularnos con nuestro amable jesuita.

Otra novedad nos ofrece en sus noticias. Que el sudicho Don Juan Bautista Muñoz era un redomado encubierto hereje jansenista. Si lo hubiera sabido nuestro Alcocer, nuestro Marín, nuestro Mendivil, ¡qué descrédito tan merecido desde luego para ese tramposo! ¡qué burla para ese caballero de industria, en la apariencia tan formal, y tan bribón en último resultado! Con razón las tragedias del Escorial hicieron brotar la podredumbre del reinado de Carlos IV como ya notamos en el cap. VI, párrafo III.

Vean los cándidos cuán motivadas son las desdichas

á causa de los malos hijos de la noble España en 1808. Vean esa muestra del conciliábulo de los encubiertos enemigos de la Santa Sede, y de lo más puro y tierno de la piedad católica. Vean á ese académico en su cinismo en contra del Papa y contra la devoción al Sagrado Corazón de Jesús. Vean á ese español sectario, favorecedor procaz de Escipión Ricci, triste Obispo de Pistoya, objeto de cuya venenosa herejía son el Papa, las santas imágenes y la santa devoción del Sagrado Corazón de Jesús. *Nihil est occultum quod non reveletur.* Al P. Antícoli debemos el saber lo que hizo el malvado Muñoz, el dizque sabio impugnador de la Guadalupeana de México. Leed, amables lectores, el dictámen del pérfido académico contra una publicación digna de todo elogio del fiel católico P. Zepeda, que defendía al Papa y á la santa devoción del Corazón de Jesús; al P. Antícoli debemos este reparador descubrimiento; leedlo. (Pág. 333 de su libro.)

«*Guadalupano.*—Hé aquí la prueba que no admite réplica. Por el año de 1787 el P. Manuel Zepeda presentó en Madrid para la impresión unas cartas teológico-apologéticas, y fué nombrado tu historiógrafo para examinarlas. Oye ahora las cláusulas principales de esta censura, cuyo original tenía á la vista el P. Eugenio de Uriarte S. J. cuando en 1880 la imprimió en el opúsculo. «*El Reinado del Corazón de Jesús en España:*» óye y verás si es verdad lo que he dicho . . . «El primer opúsculo es acerca de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús contra el actual Obispo de Pistoya . . . El segundo opúsculo contiene dos cartas, una es contra un libro dedicado al Obispo de Pistoya . . . En la segunda carta pretende que el Obispo Pistoya . . . El tercer opúsculo es una larga carta contra el Obispo de Pistoya. En el opúsculo cuarto . . . vomita todo su veneno . . . Para él los de *Puerto Real* son peores que los *fragmasones* y los *libertinos* . . . . Omito reflexiones. V. E. Juzgará qué destino merece este escrito y

cuales atenciones su autor. A 12 de Marzo de 1789, Juan Bautista Muñoz» Y claro está que el manuscrito del P. Zepeda fué archivado y prohibido. Y si por caso no lo sabes, te digo, que Puerto Real era la madriguera de los jansenistas; que Ricci, Obispo de Pistoya, era de ellos, y que el mismo Ricci y todas las proposiciones jansenísticas del conciliábulo de Pistoya, fueron después solemnemente condenadas por el Pontífice Pío VI en la Bula Dogmática *Auctorem Fidei* de 1794. *Omito reflexiones.*» (Dice nuestro Antícoli parodiando la postura majestad del hereje Muñoz.)

Grandes servicios ha prestado, pues, el benemérito jesuita á nuestra dulcísima causa; su nombre será ilustre y nunca dejará de admirarse no sólo por la novedad de esos y otros importantes datos que enriquecen nuestros arsenales, sino por la gracia de su estilo magistralmente festivo, en que trata las respuestas á las objeciones de los anti-guadalupanos.

Para contento de todos los fieles de nuestra santa causa, conviene por fin notar que, asistida como está por la Providencia divina con especialidad, vienen los apologistas posteriores á mejorar los triunfos de sus precedentes, para que al fin la gloria no sea toda de nosotros sino de nuestra gran Reina y de Dios Soberano. El P. Antícoli no sabía en 1884 (pág. 354) que el P. Sahagún distaba de ser digno de veneración y de ser tenido en mucho, cuando posteriormente, como lo hicimos notar en el capítulo anterior, párrafo 5º, el Ilmo. Sr. Vera nos pone de manifiesto, que el pobre franciscano era pertinaz, obstinado en su sentir y hombre de rivalidades contra los primeros santos misioneros. Así ha venido posteriormente á quedar demostrado: *Nihil est occultum quod non reveletur.*